

Rafael Otano, periodista, autor de "Crónica de la transición", analiza la fase que, según él, comenzamos a vivir

"Empieza la segunda transición"

Recién llegado de España, afirma que Chile pasó de ser un país querido a uno que nadie entiende en Europa, por no favorecer la justicia en el tema de los derechos humanos.

Julio Matus

Conocedor de más de 40 restauraciones democráticas en todo el mundo, el periodista chileno-español Rafael Otano, autor de "Crónica de la transición" y que tiene en proyecto el libro "Chilean dream", de la editorial Planeta, puede reconocer en la transición chilena a la "más negociada, la más pacífica, pero también la más lenta".

Por eso está seguro de que, gracias a la imprevista crisis generada por la detención de Augusto Pinochet, el país puede aprontarse a entrar en una nueva fase, como se lo ha ratificado la visión sobre Chile que captó en su último viaje a España.

-¿Está comenzando la verdadera transición?

-Así como lo dice José María Aznar, creo que en Chile se está produciendo la segunda transición, que está intentando reparar o complementar aspectos olvidados, ausentes o postergados de la primera. La primera transición, si así llamamos a los gobiernos de Aylwin y parte del de Frei, logró una cierta normalización social, una sociedad bastante tranquila, en que no hubo grandes huelgas, enfrentamientos civiles, situaciones en que el país se hiciera inseguro. Para Aylwin, el esquema de gobierno de cuatro años era ante todo lograr la pacificación y la unión del país. Esto no se logró del todo y ha sido una lectura pendiente.

-¿Cuándo cree que terminará?

-La transición chilena es la más negociada, monitorizada, gradualista, milimétrica, legalista, pero eso ha traído una serie de consecuencias, que es la lentitud, en que se va todo por pasos contados, en que hay que procurar no dar pasos en falso, porque todo este invento es delicado y se puede romper. Estamos jugando con porcelana muy fina y de hecho lo que está pasando en estos días ha sido consecuencia de ese gradualismo.

-¿Piensa que se trata de asumir lo que somos o que no se quiere recordar lo que hemos hecho?

-Siempre hay una estrategia de olvido. Es evidente que en todos los países la historia se hace sobre la base de estrategias de olvido. Hay cosas en que preferimos no pensar y no aparecen en nuestros currículos, porque son dolorosas y negativas. A los países les pasa algo parecido. Todas las transiciones han tenido que olvidar. Se acusa ahora de que la transición española olvidó cosas. Por supuesto. La transición española se hizo con una Asamblea Constituyente que elaboró una nueva Constitución y derogó todas las leyes fundamentales del franquismo, pero hay que reconocer que había un pacto preconstitucional: no hablar de la guerra civil. En el ca-



"La segunda transición está intentando reparar o complementar aspectos olvidados, ausentes o postergados de la primera", dice el investigador.

ha hecho justicia, y, ojo, que quienes presionan ante Baltasar Garzón son argentinos y chilenos que han sentido que la justicia no se les da en Chile. No son los españoles.

-¿Se han dado las condiciones en el caso Pinochet para que afloren nuestros peores defectos?

-Sí, evidentemente. En cada momento histórico, los pueblos apelan a sus propios defectos y virtudes. Creo que el defecto lo está produciendo una cierta elite, una cuasi aristocracia.

-¿A lo mejor estamos actuando como nuevos ricos.

-Hay algo de eso, pero más que eso, es el viejo prejuicio aristocrático. Estamos volviendo a un modelo en que basta mirar los directorios de ciertas empresas y todos son lo mismo, se repiten los nombres cinco o seis veces. Nos encontramos con una especie de elite que, a través de la acumulación del poder económico, está llegando hasta el poder aristocrático, es decir, a cambiar de pelo, a ser considerado de distinta categoría y eso creo que en la medida de que vaya sucediendo por capas sociales es muy desastroso.

-¿Le gusta esta tendencia de pedir a la Iglesia de que sea árbitro frente a problemas políticos como el que tenemos?

-Es un gran tema. La Iglesia en Chile ha sido siempre moderada y moderadora, debemos reconocerlo, a diferencia de la argentina o la española, en tiempos del franquismo, en que fueron claramente definidas hacia un sector más conservador, tradicionalista y a veces con más dinero. El problema es que la sociedad civil, que es la que tiene que llevar los proyectos, abdica de ellos. Tal vez tiene miedo, no quiere dar el primer paso o es más fácil coger la brasa con la pata del gato y se lo deja a la Iglesia Católica implícitamente. Ésta tiene todo el derecho a opinar o a favorecer, pero no al protagonismo político.

-¿Qué opina del comportamiento de los militares en este periodo?

-Los militares tienen la idea explicable, aunque uno esté en desacuerdo con ella, de que el año 73 fue la segunda independencia y así está en la lectura de su historia. Eso es explicable dentro de todo un contexto muy polarizado que se dio en un momento determinado. Sin embargo, nunca me meto con los militares de una manera directa, porque hay que considerar una cosa: fueron sistemáticamente dejados de mano, despreciados, omitidos, silenciados o con poca relevancia social durante muchos años.

-Se lo planteo porque han criticado a un sector político por haber ido a Londres y eso cae en la deliberación.

-Por supuesto. Lo que pasa es que el tema de la deliberación viene del año 25 y del 32

so chileno hay un deseo de ir avanzando sin demasiado dramatismo y creo que el Informe Rettig fue la gran operación de Aylwin, políticamente muy buena, pero que no fue suficiente.

-El país está dividido entre los que creen que no se puede funcionar con Pinochet detenido y quienes no le dan importancia. ¿Qué cree usted?

-En la vida, los políticos se tienen que comer un sapo cada mañana para poder sobrevivir. El país se tenía que tragar esta mala noticia. Es evidente que Pinochet es un símbolo para todos de lo que significaron las dictaduras en Latinoamérica y en gran parte del mundo. En ese sentido, los que dicen que con esta situación no se puede sobrevivir son quienes se están tragando un sapo demasiado grande. Creían que todo esto estaba digerido y no era así. Pero la gente va a tener que ir asimilando poco a poco este problema y esto del fanatismo es normal.

-¿Lo ven así en Europa?

-Chile tiene un problema tremendo en su proyección. Se habla de Frei y Aylwin, y no son Chile. Se habla de Pinochet, y es Chile.

Entonces, no creo que le pueda traer demasiadas buenas consecuencias como actor serio, importar te y desarrollado. Como actor meramente economicista y lugar de inversión, es posible, pero en el mundo moderno no se pueden tener éxitos económicos si no están avalados por imágenes políticas, sociales y culturales adecuadas. A corto plazo, puede ser. A mediano plazo, imposible.

-¿Pero para el europeo es entendible lo que sucede en Chile?

-Estaba en España el año 77 y Chile era amado, querido. En todas las fiestas que había, siempre los stands chilenos eran los primeros que veían todo. Los argentinos decían por qué íramos los mejores considerados. Los chilenos contaron su historia y los españoles se la creyeron. Era lo normal. Pero lo ven ahora, incluso hay quienes están en el Gobierno, contando otra. Para ellos es muy contrastante. Entenderían el tema político, pero no que les estén acusando de querer hacer justicia. Creo que es una mala política. En general hay muy buena fe. Consideran que Pinochet fue un accidente en la vida de este país, doloroso, triste y que no se

JUAN CARLOS FERREZ ANGEL



Otano comenta que un error de la clase política chilena fue no tomar en cuenta a los exiliados.

con la salida de Ibáñez. En teoría es muy buena y así debería ser, pero tiene que ser con la condición de que los militares se sientan con un lugar, protagonistas, a gusto, con una interacción con los civiles absolutamente normal.

-¿Qué cree que va a resultar de todo esto?

-Ya es un lugar común decir que hay que tener una cierta tranquilidad, que hay que mirar la historia, donde los ciclos son largos. Ante todo, sin apasionamiento y dejando hablar a todos los actores, que tienen su palabra. Uno puede estar más o menos de acuerdo, pero tienen su palabra. Se puede decir que esa palabra puede ser importante, pero es una más y no la última. Lo malo, en este caso, es que en los militares es una palabra deliberante, se meten en un territorio que de alguna manera vicia la situación, pero es normal que tengan algún tipo de sentimiento que es necesario respetar totalmente, aunque a uno no le guste. Tenemos que tratar de entender por qué los militares, los empresarios, los comunistas, los familiares de los detenidos desaparecidos, los exiliados, piensan esto. Todos estos actores son chilenos. Y si consideramos que unos son menos o mejores chilenos que los demás, entonces nos comenzamos a desarticular como sociedad y eso se está produciendo, en que cada actor está operando con verdades absolutas.

-¿En este sentido, cómo lo ha hecho el Gobierno?

-Ha tenido que tomar, me da la impresión, una actitud ante la fuerza de los hechos y dice que *al menos la nave no se me vaya a pique y para eso voy a apelar a algo que ningún chileno ni país pueden dudar, que es la soberanía nacional*. Pero si uno apela a algo tan grande, se está aplicando el máximo y al final puede quedar en desmedro. Los señores de afuera pueden decir por qué apelan a la soberanía nacional por el tema Pinochet. Desde Chile seguramente se entenderá, pero desde afuera no es tan fácilmente inteligible.

La importancia del exilio

En el análisis de Otano, los exiliados cumplen un papel bastante relevante, no sólo por su influencia en el caso del senador vitalicio, sino por una suerte de olvido de la dirigencia política nacional.

-¿Hay una suerte de provincialismo en lo vivido por el caso Pinochet?

-Quiero destacar una cosa: el actor exilio. A mí me llanaba la atención siempre que el exilio nunca se tuviese en cuenta. Hay que considerar que Chile ni siquiera ha dado voto a la gente que se ha exiliado por cualquier razón. Los chilenos en el extranjero no tienen ni siquiera voto político, que sería una manera de encauzar sus demandas, sus rencores, lo que sea. Es curioso, porque este exilio está en muchísimos países y muy poderosos. Además, tiene cierta relación con el poder político, con el poder societal bastante intensa.

-¿Nunca se tomó en cuenta ese factor?

-Los chilenos y especialmente los políticos no consideraron a este actor que es fundamental, porque crea en Europa un clima de opinión y resistencia respecto del gobierno de Chile y, ojo, respecto de la

imagen total de la transición y la historia moderna chilena. No se le dio mayor protagonismo. Al canciller (José Miguel Bursztein) no le he oído hablar de este tema. En la transición española, un tema central fue el exilio, el devolver a todos los intelectuales, hacerles hablar, publicarles sus cosas. Es verdad que en el caso español fue mucho más fácil: 38 años no es lo mismo que 17.

-¿Fueron fundamentales en la opinión europea sobre Pinochet?

-Este actor exilio se integró vía Internet, vía distintos medios electrónicos y físicos, porque hay algún tipo de *establishment* organizador, muy informalmente, y cuando suceden estos casos, esta influencia aumenta todavía más. El tema Pinochet es el único que aúna más a toda la gente que tiene reparos con la historia última de Chile. Creo que el provincialismo es creer que Chile es nada más que los que vivimos en Chile. Eso es falso para cualquier país. Lo es para los franceses, los norteamericanos, para todos. Un país es él y su proyección hacia el exterior, porque eso le supone nivel económico, cultural, prestigio.